

J. J. LOPEZ IBOR

SIGNIFICACION ANTROPOLO-
GICA DEL JUEGO

Publicado en el número 94 de
«Cuadernos Hispanoamericanos»
Madrid, 1957

La realidad se ofrece al espíritu humano como una trama compacta, que se ve en la necesidad de disociar si se quiere comprender. Asombra el gran número de palabras que se refieren a la actividad de la mente humana y que empiezan con el prefijo "dis": distinguir, disertar, discriminar, discutir, discernir, discurrir y tantas otras más. Si esta actitud preliminar se torna permanente, aparece el peligro de toda operación intelectual: el de destruir la realidad a fuerza de disociarla.

El trabajo psicológico se halla amenazado de un modo muy perentorio por los peligros de esta antinomia. El análisis excesivo de los actos humanos conduce a su destrucción y a la sustitución de la rica encarnadura de la realidad primaria por las débiles pavesas, que son las ideas. Y es que, en el fondo de cualquier problema psicológico, se palpa siempre la misma cuestión, nudo gordiano de toda tarea psicológica: la presencia de la unidad cuerpo-alma. Si el psicólogo, para penetrar hasta la medula de este nudo gordiano, lo corta, resulta destruída aquella unidad, pero no más hondamente conocida. Y las consecuencias son incalculables.

Veamos una en el plano pedagógico. Al dualismo cuerpo-alma corresponde, en el plano pedagógico, el dualismo educación intelectual, por un lado, y educación física, por otro. Y si, con otra técnica partitiva, fabricamos tres en lugar de dos fragmentos, nos tropezamos con la trilogía: educación física, educación intelectual y educación moral. ¿No corremos así el peligro de perder, en esta perspectiva tripartita, lo que más nos interesa, que es el hombre mismo?

Quizá iniciando la respuesta por el estrato más modesto e inferior aparecerá más justificada la peligrosidad de llevar el análisis de la realidad a sus más extremas consecuencias.

¿Qué sentido tiene, en esta coyuntura, la educación física? Cuando se leen las razones que en su pro esgrimen muchos libros de pedagogía queda uno tan asombrado por su pobreza que bien quisiera engrosar las filas de sus denigradores. Y cuando se pretende justificar el tiempo que se dedica a los deportes por una acción moralizadora *ex vacuo* —absorción de tiempo y energía— el desencanto llega a la tristeza.

En el fondo, se trata de un falso entendimiento de la enemistad cuerpo-alma, que olvida una verdad más esencial y primera: la de su unidad sustancial. El cuerpo pertenece a la unidad del hombre, y una declaración de autonomía lleva implícita la amenaza de la ruptura. Tratemos de ver esto a través de lo que se ha dado en llamar educación física.

Hay un modo natural de realizar la educación física, que se halla constituido por los deportes. Deportes son los juegos al aire libre. Hemos, pues, ante el hecho del cual hemos de partir forzosamente si queremos llegar a un planteamiento del problema en su pura raíz: el hombre es un ser que juega.

La necesidad de jugar del hombre se manifiesta desde sus primeros pasos en la vida. Se trata, pues, de uno de sus más radicales modos de ser. Pero es curioso anotar los diversos empleos de la palabra jugar: la niña juega con sus muñecas, el escolar juega a saltar cabrillas, adolescentes y jóvenes juegan al fútbol, el hombre maduro juega al bridge o al ajedrez. ¿Qué tienen de común estas actividades para que resulten enunciadas por el mismo verbo? En otros idiomas su radio de acción es aún mayor: en alemán "spielen", como en francés "jouer", se aplica a la interpretación de una pieza de música o de un papel dramático. ¿Qué ha conducido a tamaña hipertrofia significativa? ¿Sólo una pobreza del lenguaje? ¿O más bien el lenguaje se ha mostrado

aquí, como en tantas ocasiones, depositario de una honda, escondida y profunda sabiduría?

El hecho de que los animales juegan nos obliga a inquirir si toda esta cuestión no se reduce a la existencia de un instinto cuya presencia se ensarta en toda la escala zoológica hasta llegar al hombre. Pero, apenas formulada esta cuestión, aparecen una serie de preguntas subsidiarias: ¿es un instinto específico, como el sexual o el del hambre? En tal caso, ¿en qué se diferencia de éstos?

Freud, en una segunda etapa de su doctrina, elaboró una metapsicología que ampliaba el ámbito de su psicología, contenida en las fronteras de la libido. Partía de una observación muy sencilla: un niño pequeño se entretenía en echar fuera de su cuna una pelota u objeto que se le había dado; pero, no bien la pelota había desaparecido, la volvía a traer hacia sí una y otra vez. Lo sorprendente para Freud era la *reiteración*, porque tal reiteración iba contra el principio energético de la acción instintiva de carácter libidinoso.

De ahí dedujo la coexistencia en el hombre de dos instintos: el sexual y el llamado "instinto de repetición". Pero ¿de qué honda entraña emana esta fuerza instintiva? La repetición es el sello de lo muerto, de lo inorgánico. La vida vuelve a la muerte, es decir, a la materia inorgánica de donde partió. Este hecho primordial reaparece en la vida del hombre en forma de reiteración de experiencias indeseadas, que contradicen el principio del placer, por el que se rige la libido. Así se explica que los neuróticos puedan soñar, una y otra vez, hechos traumatizantes de su vida anterior, lo cual se halla en contradicción con la tesis de que los sueños son realización de deseos que la vida real no satisface, según la primitiva hermenéutica freudiana.

El hombre es, pues, un ser instintivamente dilemático: "eros" y "tanatos", amor y muerte o destrucción son los gnomos que rigen en sus entrañas. Freud resume en esta fórmula dos grandes líneas de pensamiento que han agitado

tantas mentes en el curso de la historia: la del “eterno retorno” y la de la “evolución creadora”.

El juego, por consiguiente, en la tesis freudiana, no es más que una manifestación especial del instinto de la muerte. La fórmula viva de tal instinto, valga la paradoja, es la del instinto de agresión. Eros y tanatos se transforman en amor y agresión. No cabe duda que ignorar los instintos agresivos en la naturaleza humana es desconocer uno de sus más poderosos reductos. ¿Es el juego sólo una manifestación de la agresión?

Detengámonos un poco en el análisis de cualquier actividad lúdica. Lo que más llama la atención es que la pura actividad del juego se desarrolla muchas veces sin finalidad. Es frecuente contraponer el trabajo al juego; lo cierto es que, de la fatiga del trabajo, descansa muchas veces más la actividad del juego que la inercia del reposo. Esta ausencia de finalidad permite que el juego se pueda repetir indefinidamente. Quisiera, antes de pasar adelante, esquivar una objeción, basada en la existencia de las reglas del juego y de la ganancia del mismo. Pero esto son estructuras añadidas a la pura actividad del juego, y cuya presencia la comprendemos mejor a partir de unas reflexiones que haré más adelante: ahora basta con que —siquiera sea de paso— consignemos que el juego, con reglas y ganancias, es el juego humano en su madura evolución.

Las reglas del juego sirven, entre otras cosas, para yugular la agresión; pero no es ésta su finalidad primordial. Basta ver a dos animales que juegan para darse cuenta de que el juego no es una proyección ni un resultado del instinto de agresión. Es verdad que en pleno juego puede saltar la chispa agresiva, pero entonces, automáticamente, el juego deja de serlo.

La inhibición de los instintos en la dinámica freudiana vienen del mundo exterior o del super-yo; pero aquí nos encontramos con una manifestación instintiva que ya, constitutivamente, surge con esa amputación de su finalidad. La

niña que juega con sus muñecas, ¿qué fin persigue? El niño que, sin ton ni son, le da a una pelota, ¿qué fin persigue? El bebé de Freud, que alejaba y atraía a la pelota, como un astro a sus planetas, ¿qué fin perseguía?

Ingenuamente mirando, con la ingenuidad del que busca verdades primarias y no racionalizaciones tardías, *la actividad del juego nos ofrece el sorprendente secreto de subsistir por sí misma*. Lo primario en ella no es el fin, la presa, como en la satisfacción del instinto sexual o de agresión, sino *la actividad misma*.

En la mayor parte de las interpretaciones, bien cotizadas, del hombre como ser vivo, se deja de lado este hecho primordial: el de ser capaz de actividades autónomas. Se piensa que todo estímulo ha de venir de fuera. En la dialéctica hombre-mundo se hallan, según tales interpretaciones, repartidos los papeles de tal manera que la pregunta corresponde siempre al mundo, y la respuesta, al hombre, como ser vivo. Lo cierto es que también el hombre es capaz de preguntar, es decir, de tener una actividad autónoma, y tener la fruición del preguntar mismo, la fruición de la propia actividad.

Es más, esto es una característica biológica general, como lo es el juego. Coghill ha demostrado que los movimientos en los animales se inician espontáneamente, y no como respuesta a un estímulo exterior. Como decía la doctrina escolástico-aristotélica: lo que distingue al ser vivo es la automoción. Este es el "novum" que aparece en el estrato biológico, al diferenciarse del estrato material, en el que imperan las leyes de la física y de la química.

Preyer ya observó que el niño, a las cuarenta o cuarenta y una semanas, hace intentos de sentarse, intentos que no provienen de ninguna incitación que parta del medio externo, sino de sí mismo. Y también de un modo autónomo comienza el niño, a los once meses, a golpear el plato con la cuchara, e incluso a entretenerse con las diferencias de

sonido conseguidas según la otra mano esté o no apoyada en él.

Que la actividad del juego no tenga un objetivo no quiere decir que sea una actividad vacía: al contrario, como tal actividad muestra un esplendoroso carácter de plenitud, puesto que es una *actividad creadora de un mundo propio*. Ved un niño jugando; se identifica con los personajes del juego, y el menguado espacio real en que se mueve se halla poblado por una intensa trama vital. Ocurre como en el teatro, donde la acción de los personajes se muestra siempre en extrañas perspectivas vitales que tocan al fondo del corazón. Si nos preguntamos si el niño se cree, realmente, que su sombrero de papel es un casco romano, haremos una pregunta sin sentido, porque está hecha desde el mundo del adulto. Para el niño es simultáneamente un cucurucho de papel y un casco de acero.

La *actividad lúdica* se halla contrapuesta a la *actividad seria* de la vida. Sólo el que tiene las necesidades cubiertas puede dedicarse a jugar, a no tomar la vida en serio. La vida seria es el trabajo; pero es un error limitar la vida a sus aspectos puramente serios. Y aún nos cabe la duda de si estaría bien empleado aquí tal adjetivo. Porque también el juego puede tomarse en serio. Lo cierto es que trabajo y juego son dos tipos de actividades que se integran en la forja del proyecto vital de cada ser.

Antes hemos señalado las diversas ocasiones en las que se utiliza la palabra juego, desde la niña que se entretiene con sus muñecas o el niño con su pelota hasta el juego dramático. *En todas ellas existe una apelación al mundo de la fantasía*. No puede lograrse una interpretación profunda del fenómeno del juego sin integrarla en la esfera de la imaginación y la fantasía. El niño juega con imágenes que tienen para él un valor real, pero distinto de la realidad corriente. Si juega a guardias y ladrones, su amigo X es un ladrón o un guardia sin dejar de ser X. Es como una especie de ser metafórico que encubre el ser real.

La racionalización excesiva a que ha estado sometida la psicología en los últimos decenios le ha hecho olvidar el papel importantísimo que desempeña la imaginación en la vida del hombre. La psicología hablaba sólo de representaciones como las huellas que dejaba en la mente las percepciones y sobre las cuales se realizan las operaciones mentales. Las representaciones son, pues, genéticamente, exógenas. En las imágenes se revela la autonomía del ser.

Los juegos son manifestaciones de la vida y actividad de la fantasía. Los juegos físicos, los deportes, son modos de expresarse la fantasía motora. Cada edad tiene un modo de jugar distinto, y desde la niñez a la vejez el juego preferido experimenta dos transformaciones: por una parte, se hace menos físico cada vez hasta su anulación, como en el juego de cartas. Por otra, se racionaliza más, como en el ajedrez; pero como no puede dejar de ser juego es el azar, en una u otra presentación, el que suple al proceso imaginativo. El azar es como la fantasía en el suceder, inyectada desde fuera, en el curso de los acontecimientos humanos.

El juego humano no puede, en consecuencia, reducirse, en su interpretación, a un instinto más. Menos aún si se tiene en cuenta que la distinción entre uno o varios instintos es una pura distinción intelectual. El juego es la expresión de un modo de actividad del ser que tiene un valor de comunicación con el mundo que le rodea y consigo mismo. Por eso los juegos más completos son siempre los que podríamos llamar multívocos o polifónicos, porque apelan a diversos registros del teclado personal.

¿Qué tienen que ver estas reflexiones con el deporte y, en general, con todos aquellos juegos que se agrupan bajo el nombre de educación física? Precisamente porque creo que tienen una relación intrínseca es por lo que he tratado de averiguar lo que era el juego. Acabamos de ver que el juego es pura actividad creadora, y que como tal tiene que ver con el mundo de la fantasía. ¿Qué proceso análogo existe en los juegos más puramente vertidos a la corporalidad,

como son esos juegos al aire libre que se llaman deportes?

¿Qué ocurre cuando un adolescente le pega una patada al balón? Que existe allí una pulsión agresiva es evidente, pulsión agresiva que se descarga y renueva. Es curioso anotar la gran cantidad de juegos cuya estructura dinámica consiste en una pelota que va y viene, como en el ejemplo del bebé de Freud. Pero hay más: en la acción de pegar al balón se concreta en aquel momento toda la actividad del ser, que se acumula como un impulso dinámico que va más allá de sí mismo.

El cuerpo humano puede vivirse de modos muy distintos. Puede elaborarse una antropología humana a base de ese diverso modo de habitarse el cuerpo. Unas veces es una cárcel, como para el místico. Otras, un lugar de tormento, como para Job. En otras, una fuente de erotismo que no se limita sólo a distritos determinados, sino que alcanza a la cutícula más extrema del mismo. Y así podríamos poner multitud de ejemplos, cada uno de los cuales puede ser fuente de reflexiones fecundas.

En el deportista el cuerpo es, en primer término, fuente de energía. Ha existido toda una línea de pensamiento que han estribado el juego sobre la sobreabundancia energética del cuerpo, la "overflow of energy", como decía Spencer. En esta línea podríamos anotar además a Schiller, a Jean Paul y a Beneke. El acto del deportista sería un acto liberador de energía, una verdadera catarsis. Al deporte se le atribuyen unas ciertas influencias moralizadoras, haciéndose eco de esta tesis y contraponiéndola a la liberación de la represión sexual. En el fondo ambas provendrían de la misma sobreabundancia impulsiva y siempre sería mejor abrir las esclusas del deporte que las de la satisfacción sexual. El aire libre es la cura de montaña para los tuberculosos del erotismo. Cualquier educador con experiencia sabe cuánta verdad existe en estas afirmaciones. Las generaciones actuales son evidentemente más puras y limpias, en este aspecto, que las del primer tercio del siglo presente. Pero yo pienso

muchas veces que el fenómeno debe ser más complejo, aunque no sea ahora el momento de desentrañar toda su complejidad; porque esa purificación no es sólo un fenómeno individual, sino que responde a un cambio simultáneo, genéticamente coincidente, en el clima social. El hombre cambia continuamente sus estilos de vida; cada generación posee un estilo propio. Un cambio de estilo de vivir entraña un desplazamiento de la zona de intereses. Lo que el hombre piensa de sí mismo es lo que trata de hacer de sí mismo. El ideal se elabora al mismo tiempo que se persigue. Un cambio en los modos de pensar trae un cambio en los modos de vivir; pero los modos de pensar no surgen como operaciones dialécticas, sino como cristalizaciones de estados de ánimo.

La patada del futbolista al balón es algo más que una descarga de energía. En aquella patada se concentra, en un instante, toda la actividad de un ser que parece escaparse tras la trayectoria del balón, como en otro sentido se le escapa también al jugador de golf tras la trayectoria de aquella pequeña e insignificante bola. Es, si se quiere, un cierto modo de encontrarse ser y mundo, en el que el cuerpo parece como trascender, como rebasarse, como derramarse. Buytendijk ha dedicado profundas reflexiones a este "modo de encontrarse".

Tenemos del cuerpo, cuando le hacemos objeto de reflexión intelectual, una imagen demasiado anatómica y por consiguiente estática. Y aun cuando lo veamos en una estatua que expresa movimiento, como el *Discóbolo*, el hábito del análisis intelectual nos lleva a recortar la imagen fijada de la sucesión de imágenes cinéticas. Es distinto contemplar un movimiento así escindido en sus componentes que vivirlo en su intimidad. Sería largo y quizá inoportuno una explicación más detenida de esta tesis acerca de "la trascendencia del cuerpo en la acción". Aun en la acción de mirar yo estoy más en lo mirado que en el punto geométrico o espacial en que me hallo.

El mundo se aparece, pues, al pie del que juega a la pelota como espacio flúido y resistente al mismo tiempo; existe allí el fenómeno físico de dos cuerpos que chocan como dos bolas de billar y el fenómeno vital de un contacto. ¿Qué es lo que siente el aviador, según los magníficos relatos de Saint Exupéry, o el alpinista, según los de Herzog, en la situación en que le coloca su "proeza" deportiva? Una nueva forma de contacto vital con el mundo, caracterizada por la coexistencia de la fruición y del riesgo. El riesgo es inherente a toda acción deportiva en más o menos grado; así aparece *la fruición del riesgo*.

Pero hay más en aquel acto primario de darle al balón: junto a la fruición y al riesgo existe la improvisación y el sometimiento a reglas. Lo que caracteriza al juego deportivo es precisamente que se somete a unas reglas cuya transgresión supone la eliminación del mismo.

Por eso el juego deportivo es una creación humana (Buytendijk). La unidad sustancial del hombre reaparece como el tema eterno de la melodía humana. Los monos no juegan ni son capaces de jugar al fútbol. En el deporte se crea un mundo de cultura también, y esto se halla condensado en las reglas deportivas. El impulso agresivo coexistente en muchas manifestaciones deportivas encuentra un freno: el que lo traspasa cae en la esfera de la animalidad. Que también el hombre puede llegar ¡ay! a estas caídas como a la evasión por el otro extremo: el de la santidad.

La regla no impide la improvisación, expresión de lo que tiene de aventura, de experiencia inédita, a pesar de hallarse cien veces repetida, que ofrece toda acción deportiva. El juego humano, a diferencia del juego de los animales, cristaliza en formas que son análogas a las del mundo del espíritu. El juego animal se halla, en su vida toda, cerrado sobre sí mismo. La reiteración impera y domina, lo es todo. En el juego humano la reiteración es principio de novedad y de creación. El hombre tiene un mundo abierto, y esta apertura no se manifiesta sólo en el plano del espíritu, sino

en sus más bajos estratos biológicos. La apertura supone un modo especial de comunicarse con el mundo y hasta la posibilidad de ser mundo para nosotros mismos; es decir, de que el ser se descubra a sí mismo. ¿Qué duda cabe que en la actividad lúdica el ser aprende a conocerse a sí mismo y aprende a conocer al mundo?

En este análisis de la situación deportiva nos hallamos manejando unas categorías que tienen poco que ver con la hipertrofia muscular o la figura corporal del atleta. El deporte no es sólo una educación física en sentido estricto, ni debe serlo. Aún más, convertir el juego deportivo en cultivo puro de la corporalidad como estructura óseo-muscular es desintegrarlo, degradarlo. Ya sé que esto ocurre y que esto es uno de los peligros que amenazan la vida deportiva. Incluso los propios juegos olímpicos, con el objetivo puesto en batir el *record*, constituyen una viva amenaza a la esencia misma del deporte. Como también el profesionalismo amenaza a la esencia misma del juego, porque lo aproxima al trabajo. Volvemos a la vieja contraposición entre ocio y negocio. (Pieper ha publicado un opúsculo seductor sobre el ocio como base de la cultura.)

Las categorías anteriores tienen que ver con algo más que el hombre anatómico o fisiológico; *tienen que ver con la personalidad misma*. He aquí el verdadero papel del deporte en el plano educador. Cansados estamos de oír mentar el ejemplo de las universidades inglesas, más atentas a la educación de la personalidad que a conceder una masa de conocimientos a sus alumnos. Y las universidades americanas se caracterizan tanto por sus "campus" como por sus laboratorios. El deporte contribuye a formar la personalidad adolescente en su contacto vital con el mundo, al igual que en la edad infantil el juego pone en marcha disposiciones que de otro modo quedarían eternamente dormidas.

Este contacto vital se refiere no sólo al mundo físico, sino al humano. Las reglas del juego deportivo son creación de los hombres, y el sometimiento a ellas es ya el aprendi-

zaje de una convivencia. En algunos deportes la convivencia adquiere formas más complicadas. En el deporte se quiebra, por el lado corporal, la tensión aisladora del ser humano, y esta trascendencia iniciada en el plano de la actividad fisiológica (golpear una pelota) asciende rápidamente al plano personal: convivencia con los coequipiers, competición con el enemigo al que no hay que destruir, sino sólo vencer, manteniendo la integridad de los valores personales, etc. Porque sin el equipo enemigo no hay equipo propio. El juego exige esta convivencia con el competidor, que es imprescindible para su existencia. Proyecta, sí, en el plano de las relaciones humanas algo que pertenece a la estructura misma del juego. El jugador juega con la pelota y la pelota con él. La pelota que recibe algo devuelve algo también. Si no el juego sería imposible.

No es un puro azar el florecimiento actual de las competiciones deportivas. Como toda actividad humana, tienen un sentido. El hombre actual muestra, por una parte, una tremenda tendencia solipsística. La racionalización de la vida moderna ha fracturado numerosos contactos vitales que el hombre tenía en otros tiempos. A medida que el Estado actual, que la organización social expande más sus redes aprisionando todos los posibles contactos humanos, el hombre se aísla; pero simultáneamente actúan sobre él otras fuerzas que le arrancan de ese aislamiento. Y entre ellas se halla la actual frondosidad de las competiciones deportivas.

Existe una, sobremanera ejemplar, en este sentido: el fútbol. ¿Es que puede considerarse puro capricho de los tiempos el crecimiento, quizá hipertrófico y desmedido, de la afición al fútbol? Repárese un momento que si esto ocurre en España no es una singularidad de nuestro país, sino de otros muchos. ¿Por qué atrae tanto el fútbol? Existen aquí dos cuestiones: la del fútbol como juego y la del fútbol como espectáculo. De la primera hemos hablado ya, aun-

que quizá no suficientemente. De la segunda sólo puedo agregar aquí unas palabras.

El fútbol como espectáculo es, en primer término, una especie de catarsis colectiva. Opera sobre el espectador moderno de un modo análogo a como la tragedia sobre el griego antiguo. Este parangón podría enseñarnos mucho sobre las características psicológicas del hombre moderno. El griego tenía la tragedia y los juegos olímpicos. El hombre actual tiene el teatro, el cine y el fútbol. No es igual el espectro psicológico del espectador en uno y otro caso.

En el espectador del fútbol existe una especie de participación vital en el juego como en el asistente a los misterios dionisiacos. La identificación entre espectador y jugador es flúida, cargada de una dramática tensión, en definitiva, liberadora. La educación colectiva siempre ha tendido a una moderación de las pasiones, y no cabe duda que el fútbol como espectáculo desempeña ese papel. Ya sé que algunos argüirán alegando las pasiones que despierta, pero éstas son evidentemente menores. Basta con que pensemos en un estadio lleno para una competición deportiva o para una competición política.

El hombre es, después de todo, un ser capaz de desmesura. La desmesura es un peligro que dimana de algo que le es más propio que ninguna otra cosa: su libertad. La desmesura, vecina del pecado, es una manifestación de su libertad.

El pecado corrompe el alma y cualquier desmesura es una palpitante amenaza de corrupción del ser humano. También en la actividad lúdica se halla contenido ese peligro. Por todas partes nos rodea un abismo, que los ciegos no quieren ver. De tal abismo periférico no puede salvarnos más que la vuelta al centro personal, desde el cual todas las cosas adquieren su sentido y se iluminan con su propia luz. Porque es una luz que viene de lo alto.

Juan José López Ibor.
Olivos, 18 (Parque Metropolitano).
MADRID

